

Un «suicidio» para armar

Un pueblo disciplinado, organizado y consciente es, junto a la limpia lealtad de las Fuerzas Armadas y de Carabineros, la mejor defensa del Gobierno Popular y del futuro de la Patria.

Salvador Allende, discurso del 1 de Mayo de 1971, en la Plaza Bulnes de Santiago de Chile.

Y tienen la fuerza, podrán avasallar, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza.

Salvador Allende, discurso del 11 de septiembre de 1973, a las 9.15 horas, en el Palacio de La Moneda, Santiago de Chile.

Eran seis o siete minutos después de las dos de la tarde del día 11 de septiembre de 1973. Una patrulla de penetración de la Escuela de Infantería de San Bernardo, al mando de un capitán, irrumpió, cubriéndose con una cortina de ráfagas de fusiles FAL, en la parte superior de la escalera principal del Palacio de la Moneda, llegando hasta la entrada del Salón Rojo. Una vez allí, a través de la densa humareda provocada por el incendio de una parte del edificio y las explosiones de bombas lacrimógenas, granadas de cañones sin retroceso de 75 mm y de cañones de tanques Sherman, el capitán de la patrulla de penetración vio a tres o cuatro civiles que, con subametralladoras, trataban de enfrentarse al ataque militar. El capitán disparó su arma automática defectuosamente, soltando el gatillo de inmediato. Una de las tres balas percutadas dio en el estómago de uno de los civiles. Un soldado de la patrulla de penetración también disparó. Impactó en el abdomen del mismo civil, ya herido

en el estómago. Sólo en ese instante reaccionó el capitán de la patrulla, reconoció al civil que yacía en el suelo, retorciéndose de dolor, y lo acribilló con una ráfaga de su fusil ametrallador. «¡Cagamos al Presidente!», gritó el capitán, mientras saltaba hacia la escalera de entrada huyendo del fuego que disparaba un grupo de civiles combatientes que habían irrumpido en el Salón Rojo desde una puerta lateral, cuando Salvador Allende caía muerto acribillado por el fuego de la patrulla de la Escuela de Infantería. El capitán y parte de sus soldados corrieron por la escalera principal hacia el primer piso, perseguidos por los civiles que defendían el Palacio de la Moneda.

Sólo 40 ó 50 minutos más tarde, las fuerzas de la Escuela de Infantería, del Regimiento Tacna y del Regimiento de Blindados Número 2, lograron eliminar la resistencia de las 32 personas sobrevivientes del grupo que había defendido la sede presidencial durante cinco horas. Todo el segundo piso del edificio fue ocupado por las tropas invasoras. El primer piso ya estaba en sus manos desde una hora y media antes.

El jefe de las tropas invasoras, general de brigada Javier Palacios Ruhman, flanqueado por el capitán Roberto Garrido y su patrulla de penetración, entró al Salón Rojo, se inclinó sobre el cadáver de Salvador Allende Gossens, retiró una ensangrentada bandera chilena que los civiles defensores habían puesto sobre el cuerpo aún tibio del Presidente de Chile tras rechazar la patrulla del capitán Garrido y, volviéndose hacia éste, le dijo:

—Hay que aislar este salón, que nadie más entre, que nadie vea el cadáver del Presidente... Comuníqueme con el Cuartel General de la Comandancia. Con el general Pinochet.

«Atención Puesto Uno... Atención Puesto Uno... Aquí unidad de combate "alfa uno"... General Palacios solicita hablar con general Pinochet.» El jefe de las fuerzas de ataque, destrucción y arrasamiento del Palacio de la Moneda, Javier Palacios, tomó el auricular del equipo de telecomunicaciones de la patrulla de penetración y con voz seca, precisa, dijo:

—General Palacios a general Pinochet... Misión cumplida. Moneda tomada. Presidente muerto...

—¿Cómo está el cadáver? —preguntó el comandante en jefe.

—Destrozado.

—Que nadie lo vea... espere instrucciones.

Faltaban pocos minutos para las tres de la tarde del 11 de septiembre de 1973. A las seis de la mañana de ese mismo día, los altos mandos de todas las fuerzas armadas chilenas, que mo-

vilizaban a unos cien mil hombres, habían iniciado una *blitzkrieg* (guerra relámpago) contra el pueblo chileno, invadiendo a sangre y fuego todos los centros de poder económico, político, social y administrativo del país. En términos concretos, el poder militar chileno había declarado la guerra a los trabajadores chilenos, y lanzó sobre ellos toda la fuerza destructiva de su armada, fuerza aérea, ejército y policía militarizada.

Para Santiago, la capital de Chile, con casi un tercio de la población nacional concentrada en ella, la *blitzkrieg* de los generales sublevados tenía dos objetivos de combate principales: «alfa uno» y «beta uno».

«Alfa uno» era el cerco, ataque y toma del Palacio de la Moneda, con el propósito de hacer prisionero a Salvador Allende y preparar después su «suicidio» en condiciones remedadas de la autoeliminación de un antiguo presidente chileno, José Manuel Balmaceda, en 1891. El cálculo de las tropas invasoras de la población civil chilena para la operación «alfa uno» era de 120 minutos después del inicio del ataque (las nueve de la mañana). El análisis del Servicio de Inteligencia no contó, en ningún momento, con la decisión del puñado de civiles que habría en el interior del palacio de defenderse hasta el último hombre. Ellos esperaban que Salvador Allende, ante el despliegue de tropas de infantería, carros blindados, tanques y amenaza de bombardeo aéreo, se rindiera. Esto, según los cálculos de la Inteligencia Militar —que había trabajado en la preparación de la *blitzkrieg* desde octubre de 1972—, daba tiempo a los generales insurrectos para armar el «suicidio» de Allende —inducido o por la fuerza— y anunciarlo al país alrededor de la una de la tarde de ese día 11 de septiembre de 1973.

Pero no ocurrió así. Allende y sus acompañantes, todos civiles, resistieron hasta el último cartucho. Todo el aterrador aparato de guerra preparado para rendirlo tuvo que ser puesto en funcionamiento, y se tardó cinco horas de combate efectivo en reducir a un grupo de poco más de cuarenta personas.

Cuando a las 14.50 horas del día 11 de septiembre, el comando de los generales sublevados anunció al país que «el Palacio de la Moneda ha sido reducido por las fuerzas militares», habían transcurrido cinco horas de resistencia de 42 civiles provistos de fusiles ametralladores y un bazooka, contra el asedio de ocho tanques Sherman, dos cañones sin retroceso, de 75 mm, montados en jeeps, doscientos hombres de infantería de dos regimientos de Santiago, y el bombardeo de dos aviones de caza

a reacción Hawker Hunter que dejaron caer, haciendo blanco, entre las 11.56 y las 12.15 de ese día, dieciocho de sus cohetes, además de ametrallar el techo y el segundo piso de La Moneda.

Y en el transcurso de esa resistencia inesperada para los cálculos de los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas chilenas (con el asesoramiento de los expertos militares norteamericanos y brasileños que participaron en la preparación de la *blitzkrieg*), se vino abajo toda la trama montada para tener un «suicidio limpio» de Salvador Allende. El cadáver acribillado, cubierto por una ensangrentada bandera chilena, en el Salón Rojo del Palacio de La Moneda, estuvo a punto de hacer fracasar, con graves consecuencias para los generales insurrectos, «alfa uno». Los generales conspiradores se demoraron cuatro horas (desde las tres hasta las siete de la tarde de ese día), en montar un improvisado escenario dentro de los escombros de La Moneda para «demostrar» el «suicidio» de Allende, buscándose un «testigo presencial» que sirvió para el papel bajo la amenaza de ser acusado, por los propios altos mandos sublevados, como «asesino del Presidente de la República». El apresurado montaje del escenario del «suicidio» fue tan improvisado, urgido por el tiempo que corría, que resultó una historia burda, llena de contradicciones y de mentiras evidentes. Y su debilidad era aún más evidente para los propios altos mandos militares, los cuales no se ponían de acuerdo con la celeridad necesaria y demoraron su decisión de dar la noticia a todo Chile más de veinte horas. Tenían miedo de dar a conocer los detalles fabricados a los chilenos, porque estos tenían la capacidad de juicio suficiente para darse cuenta de las contradicciones y las falsedades. Por eso, dejaron salir primero la noticia al exterior, a través de los corresponsales extranjeros, y sólo veinticuatro horas más tarde, cumplida en lo principal la tarea «beta uno», la dieron a conocer a los chilenos.

En síntesis: Originalmente, al lanzar la *blitzkrieg* de muerte y destrucción contra las organizaciones populares chilenas, los generales sublevados esperaban utilizar el «suicidio» programado de Allende como efecto de desmoralización para los focos de resistencia a su invasión del país. Pero, al fracasar el itinerario primitivo de su operación «alfa uno», se vieron impedidos de hacer uso de este arma de guerra psicológica, que se volvía contra ellos, y demoraron la noticia hasta que lo principal de la resistencia civil a la invasión militar de los generales sublevados concluyó. El asesinato del Presidente de Chile por las

fuerzas militares, realizado «fuera de programa» por un capitán de infantería, hizo pedazos la trama preparada para un «suicidio impecable», y, al final, sirvió para dejar al descubierto, a pesar de los esfuerzos en sentido contrario realizados por el equipo de propaganda de los militares, toda la dimensión de frialdad, planificación previa y decisión consciente de los altos mandos militares para destruir por medio del asesinato masivo, de la prisión de millares de hombres y mujeres, e incluso niños, y del aterrizamiento de centenares de miles de chilenos, toda la organización popular existente hasta ese día de septiembre, y preparar así las condiciones para gobernar por el terror y la muerte a todo un país; para mantener ocupada por fuerzas militares de mando extranjero una nación derrotada por una *blitzkrieg*.

Cuando el autor de este reportaje, en la noche del 11 de septiembre, escuchaba el recuento de los bandos militares por la cadena oficial de radioemisoras controlada por los sublevados. pensaba en lo que había leído en los libros de historia cuando, en la tarde del día primero de septiembre de 1939, Adolfo Hitler se dirigió por la radio al pueblo alemán para comunicarle que «en la madrugada de este día, el ejército alemán ha respondido una agresión de los polacos, entrando en su territorio para defenderse de dicha agresión. Alemania no está atacando a nadie. Sólo se está defendiendo de quienes la agreden.» ¡Y esas palabras ocultaban la bestial realidad de una invasión relámpago, de una *blitzkrieg* contra un pueblo indefenso que tenía, como «táctica fundamental», la de arrasar, quemar, destruir y matar todo. La de «destruir la población civil» como medida de «apaciguamiento!»

La invasión de Polonia en septiembre de 1939 por parte de la Wehrmacht nazi, se parecía, como una gota de agua a otra, a la invasión de Santiago, de la que yo estaba siendo testigo, por parte de las fuerzas militares chilenas en septiembre de 1973.

La reconstrucción de los sucesos de ese día 11 de septiembre y de los días posteriores, permite dibujar el perfil real de la guerra relámpago contra el pueblo chileno que desataron los generales sublevados. La contabilidad del asesinato de un pueblo es tan escalofriante como la contabilidad del asesinato de un Presidente: 3.000 dirigentes medios de los obreros, campesinos, empleados y partidos políticos de izquierda asesinados en las primeras veinte horas del 11 de septiembre; alrededor de 5.500 personas más, muertas en combate contra las fuerzas militares

sublevadas entre los días 11 y 15 de septiembre; 6.300 personas fusiladas o asesinadas por otros métodos, después de estar presas, desde el 12 al 30 de septiembre. El total aproximado de muertos civiles en los primeros 18 días tras el asesinato de Allende fue de 15.000.

De ellos, poco menos de 6.000 víctimas fueron en Santiago, la capital. Cantidad que se detalla así: 800 hombres asesinados el mismo día 11; 2.900 muertos en combate y 2.200 fusilados o asesinados, después de caer prisioneros, con o sin «juicio sumario en tiempo de guerra».

Esta contabilidad trágica es la contabilidad del segundo gran objetivo militar que, principalmente para Santiago, tenían los generales sublevados: el objetivo «beta uno». Se trataba de ocupar militarmente dos de las principales concentraciones industriales de la ciudad: los sectores de Cerrillos (al suroeste) y de Vicuña Mackenna (al centroeste). Junto con la ocupación militar de estos sectores, el plan «beta uno» contemplaba la acción de comandos mixtos militares-organizaciones civiles fascistas en lo que llamaron «operación pinzas». Esta consistía en el apresamiento, entre las seis y las ocho de la mañana del día 11, de más o menos seis mil personas en todo el país para someterlas a un interrogatorio breve y preciso y enseguida asesinarlas.

Esto es lo que los militares llamaban la «limpieza de los motores del marxismo»: acabar con los dirigentes medios de poblaciones, sindicatos, asentamientos campesinos, partidos políticos y agrupaciones culturales de izquierda. La lista había sido minuciosamente preparada a partir de noviembre de 1972, en acción conjunta del servicio de inteligencia del ejército, la marina y la aviación, en estrecha relación con los departamentos de inteligencia del Comando Sur de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, con sede en la zona del Canal de Panamá, vecino a Fort Amador, donde se presume hay instalaciones de cohetes con ojiva nuclear dirigidos hacia Cuba. También, en el equipo de redacción de esa lista de chilenos a ser asesinados en la mañana del día D, habían participado miembros de la Embajada de Brasil en Chile.

Los generales sublevados pensaban que «beta uno» podría ser completada al atardecer del día 11, después de haber dado a conocer «el suicidio» de Salvador Allende, tal como se preparaba según el plan de «alfa uno». Pero el «suicidio» falló y la resistencia del pueblo en los cordones industriales de Vicuña Mackenna y Los Cerrillos, en Santiago, continuó toda la noche

del 11 al 12 de septiembre, y sólo declinó al mediodía del 12, cuando las precarias municiones de los trabajadores se acabaron y se completaron las acciones de asesinato masivo a pobladores de sectores habitacionales obreros, como La Legua y La Hermida.

Sólo después del mediodía del 12, cuando era evidente que los focos de resistencia contra la invasión militar a Santiago se desmoronaban por falta de parque y de armas, el grupo de generales sublevados se atrevió a dar publicidad a su burda fabricación del «suicidio» del presidente constitucional de Chile.

En ese momento había culminado, en lo principal, el plan del magnicidio, más increíble de la historia contemporánea. Para llevarlo a cabo, los conspiradores planificaron poner en pie de guerra y hacer entrar en acción a 100.000 hombres de los ejércitos de tierra, mar y aire. Y para tratar de encubrirlo, decidieron sumir a todo un país en un baño de sangre y muerte tan enorme que, esperaban, el horror y la desesperación de centenares de miles de civiles perseguidos, acorralados y desorientados por la catástrofe bélica que se les venía encima, dejaran de pensar, dejaran de razonar y aceptaran cualquier explicación sobre cualquier cosa con tal de seguir viviendo. Con esto esperaban cambiar todo el sistema de relaciones económicas existentes en Chile hasta ese momento, a fin de proteger de la mejor forma posible los intereses de una docena de grandes consorcios industriales y financieros de los Estados Unidos, y de una veintena de grandes monopolios industriales, comerciales y financieros de la oligarquía chilena. Para hacer funcionar esa estructura montada sobre decenas de miles de cadáveres de civiles, los generales pretendieron liquidar toda capacidad de lucha y de exigencias de los trabajadores chilenos sometidos a un régimen de dictadura brutal, en el cual fábricas, oficinas, haciendas, calles y viviendas particulares debieran tomar la forma y las características de un cuartel militar.

En suma, los autores intelectuales del asesinato del presidente Salvador Allende y de la masacre de todo un pueblo, pusieron en acción la mayor maquinaria de guerra en tiempos de paz de la que se tenga memoria en nuestro continente para, fundamentalmente, impedir que el pueblo chileno tomara en sus manos el destino de Chile independiente del imperialismo norteamericano y de la oligarquía nacional. Asesinaron a Allende para asesinar a un pueblo. Asesinaron a Allende porque su gestión administrativa fue incapaz, a los ojos del imperialismo

norteamericano y de la oligarquía nacional, de detener el ímpetu revolucionario de ese pueblo, porque fue incapaz de desviar la lucha popular chilena para que no se transformara en revolución. Y cuando los trabajadores chilenos, tanto de la ciudad como del campo, sobrepasaron la autoridad de los partidos políticos tradicionales, e incluso, en muchos aspectos, la del propio presidente Allende, buscando un camino propio, definitivo y claro para hacerse con el poder económico, político y social y expulsar de una vez de Chile el colonialismo norteamericano y la brutal explotación de la oligarquía, los altos mandos de las fuerzas armadas del país desataron una guerra relámpago contra su propio pueblo, lo sometieron a sangre y fuego, asesinaron a un presidente que ya no les daba garantías para los intereses económicos extranjeros y oligárquicos, y dieron nacimiento a una dictadura fascista.

Este reportaje revela cómo fue esa conspiración. Cómo los generales chilenos, adiestrados en academias de los Estados Unidos, y con la complicidad del gobierno militar de los Estados Unidos y del gobierno militar de Brasil, se confabularon para planificar la puesta en marcha de una gran maquinaria de guerra contra el pueblo chileno.

¿Con qué fuerzas contaban los conspiradores para llevar a cabo el asesinato del presidente Allende, primero, y el asesinato de un pueblo, después? Con unas fuerzas, que, desde el Pacto de Ayuda Mutua firmado con Estados Unidos en 1952 por el presidente radical Gabriel González Videla, han sido adiestradas, preparadas, financiadas e influidas por las fuerzas armadas norteamericanas:

EJERCITO: poco más de 30.000 hombres, divididos en seis divisiones, de las cuales una es de caballería. Tiene seis regimientos de caballería, dos regimientos blindados y dos de artillería montada de montaña; 16 regimientos de infantería, de los cuales diez son motorizados, y cinco regimientos de artillería. De este total de regimientos, hay ocho estacionados en la capital. La instrucción en ellos es asesorada permanentemente por las misiones militares norteamericanas, cuya tarea va desde la enseñanza en la Academia de Guerra (para oficiales de Estado Mayor), hasta la Escuela de Suboficiales (que tiene su sede en Santiago). En estas unidades se enseña reiterativamente a conscriptos, clases y mandos que «el marxismo es el enemigo de la humanidad», que «los obreros que hacen huelgas son marxistas», que «los intelectuales llamados de iz-

quiera en realidad son marxistas y son traidores a la Patria», etc. Todos los planes educativos, charlas y cursos de «cultura general» en los regimientos del ejército (y unidades de la Fuerza Aérea, Marina y Carabineros), están redactados con la asesoría de expertos norteamericanos.¹

FUERZA AEREA: poco menos de 9.000 hombres. Incluye unidades de bombardeo, ataque aéreo, defensa antiaérea, helicópteros de combate y fuerzas de apoyo terrestre. Su dependencia de la fuerza aérea norteamericana es de tal grado que su comandante en jefe anterior al actual (Gustavo Leigh Guzmán, miembro de la Junta Militar), que se llamaba César Ruiz Danyau, era conocido entre sus subalternos como «El Yanqui», porque manejaba sus fuerzas en constante contacto con la misión aérea de Estados Unidos en Chile.

MARINA: Poco más de 15.000 hombres. La Marina posee, además de las unidades propias de una escuadra de guerra, otras de infantería de marina, aviación naval e ingeniería naval. Su oficialidad es heredera de la tradición de la Armada Real de Gran Bretaña, y sus mandos se consideran «la aristocracia militar de Chile». Para la preparación del golpe militar contra Allende, fueron los que propusieron el plan de la «operación pinzas», que consistía en el asesinato masivo de dirigentes populares. Ellos también planificaron el asesinato del edecán naval del presidente Allende, meses antes del golpe, para provocar el repudio de sectores militares al Jefe del Estado chileno y prevenir la entrada de ese edecán naval (amigo de Allende), al Estado Mayor de la Marina.

CARABINEROS: tiene un contingente un poco superior a 30.000 hombres. Su organización es militarizada, con armas automáticas y una compañía de tanques antimotines que poseen una ametralladora 0.30 cada uno. Su adiestramiento también está asesorado por norteamericanos. Constituyó un escándalo de proporciones cuando, en 1969, en la revista «CAUSA ML» se publicó el texto completo de la cartilla de adiestramiento antimotines utilizada por el Grupo Móvil de Carabineros. La cartilla era «secreta» para los civiles, y había sido hecha en el Ministerio de Defensa de los Estados Unidos (Pentágono).

Toda esta fuerza militar suma alrededor de 85.000 hombres, a los cuales, el día del desencadenamiento del golpe militar se agregaron más de 10.000 civiles (ex militares, reservistas, etc.) que formaban parte de grupos armados fascistas como Patria

y Libertad, Comandos de Ex Cadetes y Comandos Rolando Matus, que habían sido adiestrados, financiados y provistos de armas por la Infantería de Marina y la Fuerza Aérea. Estos civiles fascistas hicieron el trabajo de fuerza de apoyo durante el golpe militar, bajo la denominación de «unidades independientes», las cuales recibían órdenes directas del Comando Central de la sublevación, cuyo jefe era el general Augusto Pinochet Ugarte.

Esta fuerza militar de cien mil hombres es la que sometió a mi país a una guerra relámpago el 11 de septiembre y, desde entonces, mantiene a su población civil bajo condiciones de ocupación militar de un ejército extranjero en tiempos de guerra.

Se podría pensar que no todas las unidades de las fuerzas armadas fueron cómplices en el golpe y masacre del pueblo chileno, pero los hechos mostraron que las disensiones internas fueron mínimas. Por ejemplo, en Santiago, sólo una parte pequeñísima de la oficialidad de la Escuela de Suboficiales, del regimiento Ferrocarrileros de Puente Alto y de la Escuela de Carabineros se opuso al golpe, y esos oficiales fueron asesinados por sus propios compañeros. En general, ninguna unidad de las fuerzas armadas chilenas, considerada como tal, se opuso o se marginó del golpe. Eso demuestra que el trabajo previo de los conspiradores fue minucioso y preparó las condiciones de «opinión» para el momento de decidir el día en que se debía asesinar a Allende y masacrar al pueblo chileno.

«Alfa uno» se tambalea

Como veremos en detalle más adelante, la conspiración de los generales de las tres ramas de las Fuerzas Armadas chilenas y del cuerpo de policía militarizada (Carabineros), comenzó a estructurarse en el período octubre-noviembre de 1972, cuando los servicios de inteligencia del Pentágono norteamericano estimaron que «la capacidad de control de la Administración Allende sobre la potencialidad revolucionaria de los obreros y campesinos chilenos estaba en bancarrota».²

Desde esa fecha, el Latinamerican Desk del Pentágono, en combinación con más o menos un tercio de los generales del ejército, la mayoría de los generales de la fuerza aérea, la casi totalidad de los altos mandos de la marina y la mayoría de los generales de carabineros, comenzó a estructurar un dispositivo